

El oficio del editor

Colección prosas y versos

Otoño en el café-bar

ÓSCAR SAKANAMBOY

Caza de Libros, Ibagué, 2011, 79 págs.

A la espera del viento

JESÚS MARÍA STAPPER

Caza de Libros, Ibagué, 2011, 93 págs.

El camino no termina

JAIME GÓMEZ NIETO

Caza de Libros, Ibagué, 2011, 76 págs.

Destellos

GEORGIA KALTSIDOU

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 87 págs.

Después del horizonte

MARÍA GÓMEZ LARA

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 77 págs.

Un instante incierto

ARTURO LÓPEZ JIMÉNEZ

Caza de Libros, Ibagué, 2012, 87 págs.

EL EJERCICIO de coleccionar, vale decir de seleccionar entre un universo de existencias posibles a un grupo específico de individualidades y hacer acopio de ellas, se ha constituido en uno de los ejercicios más recurrentes de la experiencia humana. Desde tiempos muy remotos tenemos noticia de esas extrañas acumulaciones dentro de los cuales multitud de seres, de las más caprichosas naturalezas, en gracia de ciertas condiciones que poseen en común son apartados de su devenir cotidiano y asilados en una especie de paradójica soledad destinada a la observación ajena. Se trata de un ejercicio sumamente refinado, por supuesto, que incluye una serie muy numerosa de acciones y cuidados a partir de los cuales es posible ordenar tanto los dispositivos de percepción y los criterios de escogencia, como las estrategias de recolección, ordenamiento y preservación de las piezas acopiadas.

Porque la colección ha tenido, además de su propósito inicial de puesta en práctica de un criterio que interroga en sentido activo la realidad, el designio de conservar a los objetos, las imágenes, los hechos o los sujetos que se ha propuesto recolectar. Se trata de una

especie de archivo caprichoso y obstinado en la pervivencia, que intenta escamotear la condición básica de todo lo que existe: una colección se instaura como una acción beligerante en contra de la transitoriedad, la contingencia y fugacidad de nuestro mundo. Inútil terquedad, es claro, pues aunque el momento de la disolución se aplace con notoriedad en el tiempo, sea porque la existencia física misma de las cosas preservadas llegue a su fin, porque el sentido que las hizo comparecer y constituirse como un conjunto animado de coherencia fue sustituido u olvidado, o por cualquier otra contingencia, el plazo se verá cumplido.

En un momento reciente de la historia del arte y de la cultura occidental, se comprendió que el hecho estético podría residir simplemente en perpetrar una interferencia consciente dentro del orden cotidiano de las cosas. El gesto simple —que realizara Marcel Duchamp a principios del siglo XX— de arrancar un orinal de su complejo de significaciones, e insertarlo en otro que lo “contagia” con su legalidad y sacralidad, bien puede ser visto como la aplicación deliberada o inconsciente de un principio básico de la acción coleccionadora. Pues quien arrebatara un fragmento de hueso, un sello postal, una mariposa, un instrumento de tortura o una colección de poemas de su entorno natural, de su etos, de su continuidad de sentidos y significaciones, para depositarlo en una vitrina, urna, colección literaria, o cualquier otro dispositivo de acopio, está reproduciendo ese gesto anarquista e iluminador con el cual se inauguró la contemporaneidad estética y cultural en Occidente. Así, la colección, que al final puede ser entendida como una propuesta de orden, y un ejercicio de despotismo, en nuestros días ha alcanzado una dimensión que sorprendería quizá a sus antiguos cultores.

En un sentido cercano al que los antiguos griegos señalaban a propósito de la noción de antología, una colección “*escoge una flor*”, vale decir, juzga, otorga valor y discrimina entre los tantos individuales que conforman un conjunto de cosas de la misma especie, en procura de aquellos más significativos, que mejor pongan de presente ese intangible que en cada una actúa y que determina la naturaleza del conjunto.

Por tradición al coleccionador le ha correspondido la acción peligrosa de valorar de acuerdo con un criterio, y, en nuestros días, la más compleja y arriesgada de construir ese criterio. De interrogar la realidad en busca de una línea transversal en torno a la cual ejercerse como seleccionador y coleccionador. Ese ejercicio ha sido instaurado en la cultura contemporánea con la dignidad y la contundencia de una acción creadora. Nos encontramos con el curador, personaje determinante en el panorama de nuestra producción simbólica, que descubre la acción estética misma en la invención de magnetismos insospechados que operan en las cosas y en la asignación de órdenes que jerarquicen tales cosas alrededor de dichos magnetismos. Ese es el propósito que, a nuestro juicio, da razón al conjunto de textos literarios que Caza de Libros Editores ofrece en su colección *Prosas y Versos*.

Este esfuerzo de taxonomía y selección literaria nos presenta seis volúmenes impresos entre los años 2011 y 2012. Se trata de una novela corta y cinco poemarios, a saber: *Otoño en el café-bar* (novela) de Óscar Sakanamboy; *A la espera del viento* (poemario) de Jesús María Stapper; *El camino no termina* (poemario) de Jaime Gómez Nieto; *Destellos* (poemario) de Georgia Kaltsidou; *Después del horizonte* (poemario) de María Gómez Lara y *Un instante incierto* (poemario) de Arturo López Jiménez.

Estamos frente a un grupo de autores de variadas procedencias y distintos recorridos literarios, así como a estéticas creativas de diversas pretensiones y alcances. Cada uno de ellos —algunos de los cuales recibieron la presentación en prólogo de personajes de indudable ascendencia en nuestro contexto literario como es el caso de Jaime García Maffla, que introduce la obra de Georgia Kaltsidou— desarrolla una propuesta que ameritaría un comentario individual. No obstante, frente a la colección como un todo, como ese ejercicio de invención de un nexo que permitiría distinguir, separar y hacer visibles eventos individuales que descollan dentro del paisaje generalizado de sus pares, es necesario reflexionar.

Existe un tratamiento formal, una propuesta editorial básica que permite

suponer una coherencia ordenadora en las seis piezas de esta colección, a despecho de ciertas fragilidades de diseño fotográfico y tipográfico que, sin duda, debilitan esa pretensión. No obstante, es sobre la noción básica de lo poético, sobre ese nexo que tendría que sostener la propuesta del coleccionador y la realidad misma de la colección, sobre lo que tendríamos que enfocar. Pues existiendo niveles de apropiación tan diversos como los que aquí encontramos, que no tienen que ver con la necesaria e indispensable encarnación que lo poético sufre a través de la subjetividad de cada poeta, sino con ese inasible, e inexpressable en que se cifra toda posibilidad poética, la apuesta del coleccionista no termina por comprenderse a cabalidad.

En un contexto cultural en el cual, como se ha señalado con cierta dolorida insistencia, la práctica poética no ha alcanzado la claridad y calidad deseables, un esfuerzo como este que emprende Caza de Libros, debe ser reconocido y felicitado. Precisamos de producir, hacer pública y leer más poesía. Nuestra nación, aquejada por tantas tribulaciones, ganaría en complejidad, delicadeza, sensibilidad y amplitud de miras, de manera evidente. Sin embargo, a pesar de las dificultades que comporta toda valoración, en la base de cualquier esfuerzo editorial tendría que evidenciarse un criterio desde el cual se juzgue cada propuesta y se sostenga la determinación de publicarla. Pues la debida contundencia que ha de acompañar a la experiencia poética, su capacidad de ver y hacer ver un mundo otro en la simplicidad de sus configuraciones, no puede sostenerse sobre convenciones formales o declaraciones de sensibilidades exacerbadas, y la lucidez del coleccionador tendría que ocuparse de ello.

Rafael Mauricio Méndez Bernal

Profesor, Facultad de Artes ASAB,
Universidad Distrital Francisco José de Caldas
